

El Domingo, PAN de la PALABRA

XXVI TIEMPO ORDINARIO (25 septiembre 2005)

Primera lectura: Ez 18, 25-28
(Cuando el malvado se convierte de su maldad, salvará su vida)

Salmo responsorial: 24 (Recuerda, Señor, que tu misericordia es eterna)

Segunda lectura: Flp 2, 1-11
(Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús)

Evangelio: Mt 21, 28-32 (Recapacitó y fue)

«¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos; se acercó al primero y le dijo: Hijo, vete a trabajar hoy a la viña. Y él respondió: No quiero. Pero después se arrepintió y fue.

Se acercó al otro hijo y le dijo lo mismo; y éste respondió: Voy, señor; pero no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre?»

25 de septiembre:

JORNADA MUNDIAL
DE LAS
MIGRACIONES

ACEPTAR AL MESÍAS

Son dos los sentimientos fundamentales que todas las personas llevamos en nuestro interior, experiencias comunes, que cada uno sentimos a nuestro modo y manera. Por un lado, el sentirnos seres limitados con principio y con final, sin fuerzas para hacer todo aquello que nos proponemos, tal y como nos lo imaginamos. Por otro lado, el sentido de conciencia ética, o dicho de otro modo, los remordimientos de conciencia, el sentirnos «revueltos por dentro» cuando hacemos algo malo.

Estos dos sentimientos nos hacen caer en la cuenta de que no es lógica esta situación de la humanidad. Que no puede haber salido de las manos de Dios así. Y es que han sido las personas las que hemos estropeado el proyecto de Dios. A la par que esta reflexión, podemos contar con el hecho cierto de que Dios actúa con misericordia para con la humanidad y no nos deja en esta situación de insatisfacción, sino que envía a su propio Hijo, envía al Salvador, al Mesías, para rehacer al hombre.



La propuesta de Dios

El Mesías, como enviado del Padre, como único y mejor conocedor del Padre, es quien pone remedio a esa situación de la humanidad. El Mesías revela al hombre la verdad sobre el propio hombre, nos enseña cuáles son nuestras limitaciones, pero a la vez, la forma de superarlas. Además borra el protocolo que nos condenaba, nos muestra el bien y nos da capacidad para superar esa tendencia al mal. Ahora bien, el Mesías es enviado por el Padre a una humanidad formada por personas libres, que pueden o no aceptarlo. Para que el Mesías sea aceptado, no basta con decirlo de palabra y después no hacerlo, sino que

debemos ejercitar nuestra capacidad de reconocer que le necesitamos con el fin de alcanzar la verdadera felicidad.

Los marginados (que para los judíos son aquellos que por su culpa o sin ella, han caído en el error de alejarse del Mesías), son, en palabras del mismo Jesús, quienes tienen mayores posibilidades de aceptarlo porque están más lejos de Él y lo necesitan más. Jesús nos quiere decir, con esta exhortación, que no debemos llegar a alejarnos tanto de Él para necesitarlo. Que debemos aceptarlo desde nuestra situación. Que debemos arrepentirnos cada uno desde nuestra propia experiencia. Para ello San Pablo nos da unos consejos para que adquiramos el verdadero arrepentimiento que consiste en «tener los mismos sentimientos del Mesías»: Debemos consolarnos mutuamente en nuestro ser cristiano, debemos dejarnos unir por el mismo Espíritu, y debemos tener entrañas compasivas. Con estas actitudes nos será más fácil volvernos al Mesías y aceptarlo con nuestras palabras y nuestras obras. ■

Rafael Amo